

## TRES CUENTOS DE LYDIA DAVIS

### El cuñado

Era tan silencioso, pequeño y delgado, que era como si no estuviera. El cuñado. De quién era cuñado, no lo sabían. Ni de dónde venía, ni si pensaba irse.

No habían adivinado dónde dormía por las noches, aunque buscaron alguna zona hundida en el sofá, algún desorden en las toallas. No dejaba olor.

No sangraba, no lloraba, no sudaba. Estaba seco. Incluso su orina se separaba del pene y entraba en el retrete casi antes de salir de su cuerpo, como una bala de pistola.

Apenas lo veían. Si entraban en una habitación, desaparecía como una sombra, escurriéndose a través de la puerta, rozando el umbral. Sólo lo oían suspirar, y ni siquiera estaban seguros de que no hubiera sido la brisa sobre la grava.

No conseguía pagarles. Dejaba el dinero todas las semanas, pero, cuando entraban en la habitación como siempre, despacio, ruidosamente, el dinero sólo era una neblina verde y plata en la bandeja de la abuela, y cuando alargaban la mano para cogerlo, ya no estaba allí.

Pero por otra parte no les costaba nada. Ni siquiera podían decir si comía, porque se servía tan poco que no era nada para ellos, grandes comilones. Salía de noche de algún rincón y rondaba por la cocina con un cuchillo afilado en la mano blanca, de huesos delicados, cortando lonchas de carne y de pan, y picando nueces, hasta que el plato, fino como una hoja de papel, le parecía pesado. Se llenaba la taza de leche, pero la taza era tan pequeña que apenas si contenía medio centilitro.

Comía sin un ruido y, muy limpio, no dejaba que se le cayera de la boca ni una gota. Cuando se limpiaba los labios en la servilleta, no dejaba marca. No manchaba el plato, ni dejaba migas en el salvamanteles, ni huellas de leche en la taza.

Habría resistido años, si un invierno no le hubiera resultado demasiado duro. Pero no podía soportar el frío y empezó a disiparse. Durante mucho tiempo no estuvieron seguros de si seguía en la casa. No había forma de saberlo con certeza. Pero en los primeros días de la primavera limpiaron la habitación de invitados donde, como correspondía, él había dormido, y donde ya sólo era una especie de vapor. Lo sacudieron del colchón, lo barrieron del suelo, lo limpiaron del cristal de la ventana, y no supieron nunca lo que habían hecho.

### En una casa sitiada

En una casa sitiada vivían un hombre y una mujer. Encogidos de miedo en un rincón de la cocina, el hombre y la mujer oían pequeños estampidos. «El viento», decía la mujer. «Cazadores», decía el hombre. «La lluvia», decía la mujer. «El ejército», decía el hombre. La mujer quería irse a casa, pero ya estaba en casa, allí, en mitad del campo, en una casa sitiada.

## **Los ratones**

Los ratones viven en nuestras paredes pero no nos molestan la cocina. Estamos contentos pero no entendemos por qué no entran en la cocina, donde tenemos puestas trampas, mientras que sí entran en la cocina de nuestros vecinos. Aunque estamos contentos, también estamos preocupados, porque los ratones se comportan como si nuestra cocina tuviera algo malo. Y lo más enigmático del asunto es que nuestra casa está mucho menos limpia que las casas de nuestros vecinos. Hay más restos de comida en nuestra cocina, más migas en las encimeras, más desperdicios de cebolla grasientos y metidos a patadas bajo los armarios. Hay, de hecho, tanta comida en la cocina que lo único que se me ocurre es que supera a los propios ratones. En una cocina limpia, les supone un reto encontrar comida noche tras noche para sobrevivir hasta la primavera. Buscan y mordisquean durante horas hasta que se sienten satisfechos. En nuestra cocina, sin embargo, se enfrentan a algo tan desproporcionado para su experiencia que no pueden soportarlo. Quizá se aventuren unos pasos, pero pronto la visión y los olores impresionantes los devuelven a sus agujeros, incómodos y avergonzados de no ser capaces de aprovechar la basura como debieran.